

CANTO IX

DANTE, asustado todavía, pregunta al maestro si otra vez ha andado aquel camino. Mientras oye la respuesta, es sorprendido por la repentina aparición de las Furias en lo alto de la torre. Virgilio le precave de sus artes maléficas, y en esto llega el divino mensajero, que les abre las puertas de la ciudad terrible. Entran en ella, y ven allí castigados dentro de arcas de fuego, á modo de sepulcros, á los epicúreos y heréticos.

El color que por fuera pinta el miedo,
viendo el maestro que á mi faz tornaba,
le hizo la suya serenar más cedo.

Y como aquel que escucha, atento estaba;
que por la espesa niebla y sombra oscura
poco la vista de extensión ganaba.

—Nuestra victoria al fin será segura
(comenzó); mas si no... me está ofrecido...
del otro la tardanza ¡cuál me apura!—

Bien vi yo que este hablar era medido,
por contrastar lo que antes me decía,
en lo que bien diverso era el sentido.

Mas no calmó con eso el ansia mía,
que yo á su trunca voz daba, inserena,
aun más negro valor del que tenía.

—¿Bajó á esta conca de tormentos llena
alguno desde el círculo incipiente
do perder la esperanza habéis por pena?—

Esto le pregunté, y él:—No es frecuente
(me respondió) que alguno el giro acabe
en que empeñado mírome al presente.

Verdad es que otra vez al eco grave
vine evocado yo por una Erito¹,
que á los cuerpos volver las almas sabe.

Era nuevo entre aquellos sin delito²,
cuando me hizo buscar, tras de aquel muro,
del círculo de Judas³ á un precito.

El sitio es el más hondo, el más oscuro,
y el más lejos del cielo por quien gira
todo globo⁴. Sé andarlo: está seguro,

Ese lago que tanto hedor transpira,
en torno ciñe á la ciudad ardiente
do no podemos penetrar sin ira⁵.—

Dijo, y más cosas que olvidó mi mente;
porque eran mis sentidos todos puestos
en la cima de la alta torre ardiente.

Sobre ella vi en un punto alzarse prestos
tres sangrientos espíritus fatales,
con miembros de mujer, actos y gestos.

Hidras verduscas forman sus cendales,
largas cerastes son sus cabelleras,
sierpes orlan sus sienas infernales,

Y él, que conoce bien las mensajeras
de la negra mansión que Dios maldijo:
—Mira, allí salen las Ericnis fieras:

Mejera es á la izquierda el ojo fijo,
Aleto aquella del llorar rabioso,
la del medio es Tisífone (me dijo).—

Hundíanse en el pecho sanguinoso
las uñas, entre aullidos y golpeo;
tanto, que al vate me estreché medroso,

*Ven, Gorgona, y has piedra al que allí veo,
gritábanse las tres en son de guerra:
Venguémonos en él más que en Teseo⁶.*

—Pronto, de espaldas y los ojos cierra;
que si sale Medusa y ves su frente,
no á pisar volverás la dulce tierra.—

Así dijo el maestro, y prontamente
me dió vuelta, y cegóme con sus manos
del tardar de las mías impaciente.

¡Oh los que habéis entendimientos sanos;
notad lo que se esconde de enseñanza
de este mi obscuro-verso en los arcanos!⁷

Pero ya sobre el turbio lago avanza
un fragor de sonido pavoroso,
ambas ribas temblando á su pujanza.

No es de otro modo el viento que impetuoso
por el estivo tiempo y sus ardores⁸,
la selva embiste, y raudo, y sin reposo

troncha ramos, y avienta rotas flores,
y entre polvo soberbio va adelante,
ahuyentando animales y pastores.

Los ojos descubríome en ese instante
mi guía, y dijo:—Que tu vista siga
aquel vapor, la espuma allí albicante.—

Cual las ranas delante la enemiga
culebra, todas huyen por el lago,
hasta que al fondo el cieno las abriga,

almas mil así hendiendo el aire vago,
vi yo delante de uno que pasaba
con planta enjuta por el charco aciago.

Del rostro el aire craso separaba
á veces, la siniestra adelantando,
única pena á fe que se tomaba.

Bien vi que era del cielo nuncio blando,
y al maestro volvíme: él me hizo seña
de estarme quedo, al ángel saludando.

¡Cuánto excelso desdén su rostro enseña!
Llegó á la puerta, y con vergueta breve
la abrió; que nadie resistencia empeña.

—¡Oh del cielo arrojada turba alevel
(así empezó bajo el dintel terrible)
¿quién este ruido de vosotros mueve?

¿Por qué la voluntad irresistible
tenaces combatís, y la alta diestra
que el tormento os dobló, siempre invencible?

¿Rendir queréis al Hado en la palestra?
Vuestro Cerbero, recordad, mezquino,
aun rozados el muso y cuello muestra⁹.—

Dice, y vuélvase al tórbido camino;
y sin fijarse en nos, su faz parece
de quien se ocupa de mayor destino

de lo que en torno á su atención se ofrece.
Aquí avanzamos á la ignosa tierra;
que la Santa Misión nos fortalece.

Y así que fuimos dentro, sin más guerra,
yo, que de contemplar hube el suspiro
lo que la vasta fortaleza encierra,

en derredor la atenta vista giro,
y de una y otra mano gran campaña
llena de luto y de tormentos miro.

Cual en Arlés, do el Ródano se encaña,
ó en Pola del Cuarnaro¹⁰, que con tersos
cristales á la Italia cierra y baña,

mil sepulcros¹¹ el sitio ornan dispersos,
así también sembrados por doquiera
aquí se ven; mas ¡ay cuánto diversos!

Porque era en cada tumba viva hoguera
que tan hórrido fuego mantenía,
cual nunca en horno barras derritiera.

Sin cubierta son todas; y salía
del hueco un son de pena tan vehemente,
que de tristes que sufren ser debía.

Y dije:—¿Quién, maestro, es esa gente
que, sepultada en las hirvientes arcas,
se hace notar con su clamor doliente?—

—Esos son (respondió) los heresiacas
y cuantos han sus sectas abrazado,
que á poblar bastarían cien comarcas.

Aquí igual con igual es sepultado,
en horno ya más blando ya más duro.—
Dijo; y cuando á la diestra hubo tomado,
entre las tumbas le seguí y el muro.

CANTO X

Cuando DANTE, caminando entre los muros y los sepulcros de fuego, manifiesta á Virgilio su deseo de hablar con alguno de aquellos condenados, oye una voz que le llama. Es Farinata, y mientras habla con él, es interrumpido por Cavalcante, que le pregunta por su hijo Guido. El Poeta le responde de un modo que el pobre padre entiende que ha muerto, y cae en su lecho de fuego. DANTE y Farinata siguen hablando de Florencia, y este le presagia obscuramente su destierro.

Ora por senda estrecha va mi guía,
cual ya dije, entre el muro y valle igneo,
y hollándole el talón la punta mía.

—¡Oh Saber Sumo á quien propicio veo
por giros mil llevarme á do te place!
Da respuesta y contento á mi deseo.

La triste grey que en los sepulcros yace,
¿ver no podré? Los huecos destapados
son, y nadie en redor guardia les hace.—

Y respondiome así:—Serán cerrados
cuando de Josafat acá volvieren
con sus cuerpos, arriba abandonados.

Estas tumbas que aquí tu vista hieren,
las moran Epicuro y sus secuaces,
que al hombre cuentan que las almas mueren

Mas las preguntas á ilustrar que me haces,
y aun los deseos mismos ya me apresto
que en tu interior ocultas eficaces.—

Y yo:—Siempre mi pecho manifiesto
es para ti: si evito hablar sobrado,
no de ahora á tal uso me has dispuesto.

*Toscano, que diciendo mesurado
vivo así vas por la ciudad ardiente,
plázcate detenerte aquí á mi lado.*

*Tu locuela descubre dulcemente
cuál sea tu feliz tierra natia,
de la cual fui yo acaso estrago ingente¹.*

Tal de un sepulcro súbito salta
profunda voz, que de temor prolijo
me hizo estrecharme aún más al caro guía.

Y él:—No tornes el rostro: ¿qué haces, hijo?
Farinata¹ en su tumba se incorpora:
del cinto arriba², mírale (me dijo).—

Mis ojos en los suyos puse ahora,
y el pecho vi que alzaba y frente erguida,
del mismo infierno allí desafiadora.

Y por entre las tumbas la atrevida
presta mano del vate á él impelióme,
diciendo:—Alerta, tus palabras cuida.—

Cuando fui de su hueco al pie, miróme
un breve instante, y cuasi desdeñoso:
—¿Quiénes fueron tus padres?—preguntóme.

Yo, que de obedecerle era cuidadoso,
breve se los nombré, nada ocultando:
él arrugó la frente caviloso,

y prorrumpió después:—Á mí y mi bando
bien contrarios han sido; así partieron
dos veces³ al destierro so mi mando.—

—Pues si dos veces (respondí) salieron,
las dos tornaron á la patria amada;
los vuestros arte tal nunca aprendieron⁴.—

En esto, descubierta á mi mirada,
hasta el cuello una sombra⁵ se presenta,
pienso que en las rodillas sustentada.

Me miró en torno, cual buscando atenta
si era de otro mortal yo acompañado;
y cuando, cierta ya, solo me cuenta,

llora y dice:—Si al reino infortunado
por alteza de ingenio has descendido,
¿do está mi hijo? ¿Por qué no á tu lado?—

Y yo á él:—Por mí sólo no he venido:
al que está allí esperando, ese me guía,
al que en poco tal vez tuvo tu Guido⁶.—

Su nombre descubierta ya me había
su habla y el modo de su pena triste;
y así fué exacta la respuesta mía.

Y alzándose veloz gritó:—¿Dijiste
tuvo, tuvo? ¿Conque él, ¡ay! no es ya vivo?
¿La dulce luz del sol ya no le asiste?—

Cuando ve que me paro reflexivo,
al irle á responder, de espaldas cae,
para no más salir del horno vivo.

Mas el otro sublime que me trae
de su sepulcro al pie, siempre alto el pecho,
ni cambia faz, ni músculo retrae.

—Pues bien (siguiendo dice); si no han hecho
por aprender tal arte trabajosa,
eso me da dolor más que este lecho.

Pero cincuenta veces luminosa
no alzaré la que aquí reina⁷ su frente,
sin que pruebes que ese arte es peligrosa,

y, así á la dulce luz tornes viviente,
¿por qué, dime, ese pueblo se desata
en ley tan dura contra mí y mi gente?—

Y respondíle:—Por la escena ingrata
que hizo al Arbia sangriento fugitivo,
hasta en el templo orando te maltrata⁸!—

Él suspiró: después irguióse altivo,
y dijo:—No era solo allí por cierto,
ni acudí con los otros sin motivo:

mas era solo, sí, cuando al concierto
de arrasar hasta el suelo á tu Florencia
opuse firme el rostro descubierta.—

—¡Ay! Así logre paz tu descendencia,
que me desates (exclamé) este nudo
que ofusca mi razón, vence á mi ciencia:

¿por qué, según medir mi juicio pudo,
se os esconde encubierto lo presente,
y se os descubre el porvenir desnudo?—

—Como aquel que el mirar cansado siente,
ver podemos (replica) lo lejano;
que esto el sumo Hacedor aun nos consiente:

ciegos somos, en tanto, á lo cercano;
y aquí, sin eco ajeno, no se acierta
nada á saber de vuestro estado humano.

Mas bien comprenderás que será muerta
inteligencia tal desde la hora
que cierre al tiempo eternidad su puerta.—

Yo, cual movido de mi culpa ahora:
—Que reveles (le dije) á aquel caído,
que el hijo suyo con los vivos mora:

y que si tardo en responder he sido,
fué porque entre las dudas divagaba
que me aclaras⁹, mi espíritu perdido.—

Ya mi poeta en esto me llamaba:
conque más breve y en decir escaso,
demandéle quién más con él se hallaba.

—Con más de mil (me respondió) me abraso:
Federico el Segundo¹⁰ aquí es sepulto
y el Cardenal¹¹, y por los otros paso.—

Dijo, y se hundió. Yo en busca del más culto
me volví de los vates, discurriendo
si fué la predicción contrario insulto.

Y él echó á andar, al paso prorrumpiendo:
—¿Por qué yaces así tanto abatido?—
Yo todo le narré, y él prosiguiendo:

—Lo que en tu contra (díjome) has oído,
guarde tu mente sin juzgarlo agravio,
y oye esto bien (exclama, el dedo erguido)¹²:

cuando estés ante el Ser benigno y sabio,
á cuya viva luz nada se esconde,
sabrás tu vida de su dulce labio.—

Y aquí á siniestra se torció por donde
el muro abandonando, al medio avanza
tras camino que á un valle corresponde,
que hedor horrendo hasta nosotros lanza.

CANTO XI

Repelidos los Poetas por el hedor que sale de aquel bátrato, se refugian detrás del sepulcro que encierra á Anastasio. En este alto, Virgilio le explica las condiciones de los tres cercos que les falta recorrer. El séptimo es el de los violentos, repartido en tres espacios, que cada uno contiene una clase de ellos, y son: los violentos contra el prójimo, contra sí mismos, y contra Dios. El octavo es el de los fraudulentos, que veremos luego distintamente repartidos en diez sacos. El noveno es el de los traidores, dividido en cuatro compartimientos concéntricos.

Cuando al término fuimos de una loma de peñascos enormes circundada, más cruda escena á nuestra vista asoma.

Y aquí la peste huyendo condensada, que de hondo abismo el interior vomita, nos resguardamos tras de tumba alzada,

que esta letra en su losa tiene escrita:
Guardo al papa Anastasio¹, á quien Fotino del pecado en la senda precipita.

Luego cauto el maestro me previno que era bien aguardar para el descenso, hasta avezarse al hálito malino.

Y yo:—Dame (le dije) algún compenso con que el correr del tiempo ocupe y llene.—
y él respondiome:—En lo que piensas piens

Este cerco, hijo mío, tres contiene más chicos y á escalones colocados, cual los que de medir tu planta viene.

Llenos están de espíritus malvados: mas porque entiendas bien después su pena, oye cómo y por qué son castigados.

De toda inicua acción que Dios condena una ofensa es el fin, y éste se alcanza por fuerza ó fraude, con lesión ajena.

Pero el fraude más mueve su venganza, por ser propio del hombre: á fraudulentos, por eso, á más dolor, más bajo lanza.

Todo el cerco primero es de violentos, y porque á tres personas se vulnera, se comparte y distingue en tres asientos.

Se hace violencia á Dios, y es la primera: á otros, y á sí mismo; ya en sus cosas, ya en ellos, cual mi voz probarte espera.

Airada muerte, heridas dolorosas se causa en los demás; y en su derecho, ruina, tributos, llamas desastrosas.

Así al que ejerce el robo y el acecho, y al homicida y pérfido castiga, divididos por clase, el primer trecho.

Puede el hombre la mano en sí enemiga, y en su hacienda poner; y en el segundo por eso, aunque ya tarde, se fatiga

quien se apaga la luz de vuestro mundo²,
y su peculio desbarata y juega,
y llora do vivir debió jocundo.

Puede á Dios ofender el que se entrega
á interna rebelión, y blasfemando
dél, de natura y su bondad reniega.

Así el trecho menor verás poblando
de Sodoma y Cahors³ á pecadores,
y de altivos incrédulos al bando.

Los de toda conciencia mordedores,
dientes del fraude, herir al prevenido
pueden y al que confía en los traidores.

Por el modo primero se ha rompido
el vínculo de amor que hizo natura;
y así al segundo círculo han venido

bajas artes, lisonjas, impostura,
hechizos, latrocinios, simonía,
y de familia tal la prole impura.

Por el postrero, el dulce amor se enfría
que natura formó, y el que conjunto
con él, nudo especial de afectos cría⁴,

Por eso en lo más bajo do está el punto
del universo⁵, en que Satán se asienta,
allí *in eterno* es el traidor consunto.—

Y yo:—Maestro, claro asaz presenta
las cosas tu discurso, y bien conoces
este abismo y al pueblo que aposenta.

Mas, dí; aquellos del fango tan feroces,
los que alza el viento, ó que la lluvia moja,
y los que al choque van con duras voces,

¿por qué á morar no van la ciudad roja,
pues merecen de Dios tanto la ira?
Y si no, ¿por qué así los acongoja?—

Y él:—¿Por qué causa tu razón delira
cual no acostumbra, ó con mayor desvelo?
¿Es que á otras partes ya tu mente gira?

¿Se han borrado tal vez de tu cerbelo
las hojas en que tu *Ética*⁶ retrata
las tres disposiciones que odia el cielo:

malicia, incontinencia, y la insensata
bestialidad, y cual la incontinencia
menos que las demás á Dios maltrata?

Si examinas tú bien esta sentencia,
y recordando vas quién son aquellos
que sufren más arriba penitencia,

verás por qué, de la ímpia grey ponellos
quiso aparte, y por qué menos airada
su justicia eternal descarga en ellos.—

—Sol, que luz á la vista das turbada,
tal tu decir mis dudas desaloja;
que tanto cual saber, dudar me agrada.

Volvamos, pues, atrás, si no te enoja
(le dije), á cuando afirmas que la usura
no ofende á Dios; y el nudo tú me afloja.—

—Filosofía (dijo) al que la apura,
en más suele decirle de una parte,
cuál toma su corriente la natura

del divino intelecto, y por cuál arte;
y á poco que tu física en su esencia
repases, su lección puede explicarte

que el saber de natura es procedencia,
cual del maestro el escolar; de forma
que es de Dios casi nieta vuestra ciencia.

Y si buscas al Génesis por norma,
verás que, por las dos, nace, se aumenta,
ó su vivir la humana grey reforma⁷;

y que al vil usurero no contenta
natura en sí, ni el arte le complace,
y en bien diverso la esperanza asienta.

Mas de aquí vamos, pues andar me place;
que los Peces ya mandan sus reflejos;
y en la mansión de Coro⁸ el carro yace,
y la áspera bajada es de aquí lejos.—

CANTO XII

Vencida la dificultad de la áspera bajada, llegan los Poetas al valle. En el primer espacio hay un río de hirviendo sangre, dentro del cual se castiga á los que quitaron la vida ó los bienes á sus semejantes. Una escuadra de centauros recorre las orillas del lago que forma aquella sangre, para vigilar si los condenados, sobre quienes cae una lluvia de flechas, tratan de salirse. Quieren al principio esos centauros oponerse á los Poetas: pero Virgilio los convence, y hasta consigue que uno de ellos los pase en su grupa al otro lado. De éste oyen, al pasar, los nombres de varios tiranos que están allí condenados.

El lugar del descenso que nos toca¹
agrio es asaz, y el guarda allí presente,
miedo á la vista y al entrar provoca.

Cual la ruina, del Trento á la pendiente,
que por temblor ó enflaquecer su base,
del Ádige á turbar fué la corriente;

que al que del alto descender osase,
entre hoyo y piedra, que fragor alterna,
claro le ofrece, aunque tremendo, pase:

tal se muestra el bajar de esa caverna:
y do punta el brocal rompido saca,
se alzaba el que es de Creta infamia eterna².

Y el concebido en la engañosa vaca,
al contemplarnos, se mordió á sí mismo,
como aquel á quien dentro la ira ataca.